

51
No quise en maestro; fájale vos como que
he deducido de su libro, como observación
cuivra. Afectuosos érnios, saludos! n=7



José Santos Chocano

Secretario de 4^a clase de la Misión Especial
del Perú en España

El Pardo,

12 de agosto 1905.



El galgo de Don Quijote

... un hidalgo de los de lauzza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor...

¿Qué hiciste, job, Don Quijote!, de tu mejor amigo?
¿Por qué es que abandonaste tu galgo corredor?
¿Qué gusto el que él tuviese de caminar contigo!
¿Qué gusto el que él tuviese de compartir tu amor!

Él es el Don Quijote que lame hasta la mano que suele castigarle: su lengua es como miel.
¿No es cierto que en el fondo del corazón humano hay siempre una ternura? Mucho más tierno es él...

¡Oh, perro! Tú, que sufres paciente los maltratos, ¡ya ves cómo el Quijote también te abandonó!
Los hombres no son buenos, los hombres son ingratos: ¡ya ves cómo hasta el mismo Cervantes te olvidó!

En el radiante día, cuando el gentil Quijote abandonó la casa, jinete en su rocín, y con espuelas firmes estimuló aquel trote que le llevó en un soplo desde uno a otro confín,

allá, en la puerta, un grupo le despidió; mas luego perdióse el grupo en nubes de polvo bulidor... y sobre la llanura, bajo aquel sol de fuego, se oía sólo á veces al perro ladrador...

Los tiempos huyen. ¡Cuántos dolores y alegrías sobre la vieja casa pasaron en tropel!
Y allí, como un recuerdo en los mejores días, soñando en Don Quijote dormía el galgo aquel...

Cuando volvió el Quijote, ganoso de ternura, cansado de la vida y hastiado de la lid, sintiendo esa fatiga del mundo, esa amargura por el esfuerzo inútil que á veces sintió el Cid,

sin que llegara á verse la casa aquella, y cuando había apenas nubes de polvo en derredor, sobre la gran llanura, llegaban resonando los trémulos ladridos del galgo corredor...

Y recibió el perro moviéndole la cola, lamiéndole en las plantas, ladrando sin cesar. Y el alma del Quijote sintió que no era sola... ¡Y oyó que otros ladridos llenaban el hogar!

¡Ladridos de otros galgos!... Fecundó en su guarida, fué padre muchas veces el galgo corredor; ¡y avergonzó al Quijote con su lección de vida, de verdadera vida, de verdadero amor!...

Murióse Alonso el Bueno. Las gentes de la aldea, sabiendo de aquel hombre la vida singular, lloraron por el alma, lloraron por la idea, lloraron porque toda locura hace llorar...

Y cuando Don Alonso quedó en la fosa obscura, borráronse las huellas del llanto de dolor; y sólo por la noche, sobre la gran llanura, sonaban los aullidos del galgo corredor...

José SANTOS CHOCANO.



Nota del autor. Después de leer los hermosos libros de mis amigos Unamuno y Navarro Ledesma, en que tampoco aparece ninguna alusión al galgo de Don Quijote, olvidado por todos, se me han ocurrido estos versos; más que una nota lírica, son una nota bibliográfica.—Ch.

que objeto de mi ensayo.—Puesia de aho-

do), 3 de Noviembre de 1905.

to general: D. Alfredo Rolando.

ONA: Bajada San Miguel, 1.

uentra en todas las buenas farmacias.

FORMICO DE A. COIPEL

reconstituyente. Da energía á los músculos y au-
der cerebral. Combate la debilidad general, neu-
berculosis. Necesario á los niños para su mejor
y á las personas mayores para facilitar los traba-
ares y del cerebro. Barquillo, 1, farm., Madrid.

DE GALVA OPLASTIA Y ESTEREOTIPIA
asta en sus nimios detalles de las máquinas y apa-
modernos actualmente funcionando en Alemania;
completos en condiciones muy favorables. Esta
e grandes ventajas á imprentas grandes, talleres
ado ó á un particular. Si conviene se encarga del
montaje y dejar funcionando dichos talleres el
ente los tiene á su cargo. Para más informes, di-
Richard Gans, Madrid, Princesa, 63.



"EL

Compañía Anónima
Capital Diez millones
FUNDADA
EN CARTA

* Incendios * Valore

Subdirecciones y Agencias en toda
y principales puertos

Más de una vez, los que fueron testigos del ataque de furor que le invadió antes del asalto y oyeron su jactanciosa afirmación acerca del diamante, intentaron tirarle de la lengua, burlándose de su vanidad; pero, como fácilmente puede comprenderse, el recuerdo de las circunstancias bajo las cuales yo le sorprendí en la sala-armería era de sobrado suficiente freno para contener su lengua. Se decía que el propósito que le animó á cambiar de regimiento fué separarse de mí; mas como yo no debo convertirme en su acusador, me abstengo de hacer comentarios relativos á la veracidad ó inexactitud del aserto.

Por otra parte, aunque me decidiese á dar á conocer la escena presenciada por mí, sólo podría alegar en contra de Herculano razones morales, meras sospechas, muy distantes de la evidencia. Y no únicamente carezco de pruebas para demostrar que fué él quien mató á los dos indios cuyos cuerpos yacían atravesados en la puerta; también me faltan esos medios de convicción respecto del tercero, que hallé con vida todavía, porque mentiría si dijese que mis ojos presenciaron la ejecución de su asesinato. Es cierto que oí las postreras palabras del indio moribundo; pero si se sostuviese que tales palabras fueron dictadas por el desvario del delirio, ¿podría contradecir eficazmente la afirmación?...

Aunque no concedo crédito alguno á la fantástica leyenda india del diamante, debo manifestar, antes de concluir, que en este asunto la superstición hace alguna mella en mí.

Abrijo el convencimiento..., padezco el error, como quiera decirse, puesto que poco importa, de que el crimen lleva consigo la maldición, el castigo, y me atrevo, por tanto, á asegurar que mi primo, autor indiscutible, á mi juicio, de la muerte de

los tres brahmanes, tendrá que soportar una vida de atroces penalidades mientras conserve el diamante en su poder; lo cual afirmo también de los demás que de él lo reciban, si se decide algún día á desprenderse de tan funesto tesoro

HISTORIA DEL DIAMANTE

PRIMER PERÍODO

Pérdida del diamante (1848).

Sucesos relatados por Gabriel Betteredge, intendente al servicio de Julia, lady Verinder.

CAPITULO PRIMERO

En la primera parte de *Robinson Crusoe*, página 129, se encuentra el siguiente párrafo:

«Ahora comprendo, aunque demasiado tarde, que es una gran locura empezar una obra antes de calcular su coste y sin juzgar previamente acerca de nuestras fuerzas para emprenderla.»

Precisamente ayer, sin ir más lejos abrí mi *Robinson Crusoe* por este sitio, y hoy (21 de Mayo de 1850) he recordado el párrafo después de la breve conversación que he sostenido con el sobrino de mi ama, mister Franklin Blake.

—Betteredge — me dijo mister Franklin—, acabo de salir de casa del abogado, y entre otras cosas nos hemos ocupado de la pérdida del diamante indio, acaecida en el domicilio de mi tía, en Yorkshire, hace dos años. Mister Bruff opina al igual que yo, que debe escribirse el suceso para que no se eche en olvido, y cuanto antes mejor.